

Saber y Vida

Encuentros y desencuentros



Colección Hápax
Serie Prósopon 04

Consejo Directivo de Hápax

Vicente de Haro

DIRECTOR

José Alberto Ross
Luis-Fernando Valdés

Dirección de la colección

Juliana Peiró

DIRECTORA

Juan Pablo Martínez

Diego I. Rosales

Consejo Editorial

Evandro Agazzi

Luigino Bruni

Pierpaolo Donati

Emmanuel Falque

Miguel García-Baró

Vicente de Haro

John Milbank

Javier Prades

René Rosfort

Juan Fernando Sellés

Claudia Vanney



hápax

Juan Pablo Martínez Martínez

Saber y Vida. Encuentros y desencuentros
1a. edición, 2025

ISBN: 978-607-5913-35-3

Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.
Editorial Sindéresis
Colección Hápax. Serie prósopon 04

Impreso en la Ciudad de México, enero de 2025
Formato: 15 × 21 cm

252 pp.

Editorial NUN

es una marca de Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.
Xocotla 17, Tlalpan Centro, alcaldía Tlalpan,
C. P. 14000, Ciudad de México

www.editorialnun.com.mx
contacto@editorialnun.com.mx

D. R. © 2025, Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.
D. R. © 2025, Editorial Sindéresis
D. R. © 2025, Juan Pablo Martínez Martínez

Versión impresa, ISBN: 978-607-5913-35-3
Versión digital, ISBN: 978-607-5913-26-1
Sindéresis, Versión impresa ISBN: 978-84-10120-82-2
Sindéresis, Versión digital ISBN: 978-84-10120-84-6

El contenido de este libro es responsabilidad del autor
contacto@editorialnun.com.mx

Derechos reservados conforme a la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, por ningún medio o forma, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electro-óptico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin autorización previa y por escrito de los titulares del *Copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 242 y siguientes del Código Penal)

Dirección editorial: Miryam D. Meza Robles
Cuidado de la edición: Felipe G. Sierra Beamonte
Corrección de estilo: Patricia Martínez Galindo
Lecturas: Ma. Magdalena Álvarez Malo Durón
Maquetación: Lumbral Studio
Formación y versión digital: Carlos Papaqui Landeros

Impreso en México

Saber y Vida

Encuentros y desencuentros

por

Juan Pablo Martínez Martínez



hápax

Centro de Investigación
en Humanidades

Sindéresis^{editorial}

Índice

Prólogo	11
Prefacio	15
Introducción	19
I. Situación del saber hoy	23
1.1. Levinas y la política de la totalidad	24
1.2. Michel Henry y la época de la barbarie	28
1.3. Retazos para una teoría integral de la existencia	35
1.4. Conclusiones prematuras	39
1.5. Ampliación del diagnóstico: Soloviov y el colapso del principio religioso	41
II. La posibilidad metafísica del ser humano	53
2.1. La superación de la actitud escéptica: la Verdad como relación	53
2.2. La relación con la Verdad en el tiempo y sus necesarios claroscuros	78
III. Llegar a ser Sí mismo: el papel del sufrimiento y del dolor del otro	87
3.1. La condición del sufrirse: su espesor	89
3.2. La prosperidad de la adversidad: el dolor en la alegría	93
3.3. El dolor del otro: la entrega de significado	97
IV. El carácter disruptivo de la existencia	105
4.1. El mal	105
4.1.1. La condición excesiva del mal: su trascendencia peculiar	107
4.1.2. La excesividad del mal en su despliegue histórico	112
4.1.3. El imperio de lo diabólico: la crisis del humanismo	122
4.2. Las resonancias del mal en el corazón: las tentaciones de la Vida	130
4.3. La condición de víctima en el meollo mismo de la existencia	133
4.3.1. Fenomenología de la tortura	136

4.3.2. Fenomenología del resentimiento	142
4.3.3. Las víctimas y la experiencia de su fragilidad	149
V. Ámbitos de posible integración existencial	155
5.1. El carácter paradigmático de la sexualidad	155
5.1.1. La sexualidad como ejercicio de integración paradójica	158
5.1.2. La nihilización de la práctica sexual: desnudez y fingimiento	161
5.1.3. El papel “privilegiado” de la mujer en la reintegración de la actividad sexual	169
5.1.4. La sexualidad como experiencia intersubjetiva en la Vida: el carácter engendrado de la existencia humana	172
5.1.5. La salvación por la carne en el encuentro sexual	175
5.2. La Sagrada Escritura: el conocimiento humano ante la Palabra de la Vida	178
5.2.1. El perdón de los pecados	183
5.3. La experiencia de la desdicha: el desgarro de una existencia en riesgo	198
VI. El papel de los otros: la esencia de Cristo como clave interpretativa adecuada para una intersubjetividad vivida	211
6.1. La alteridad en la Vida: los hijos en el Hijo	213
6.2. La salvación de la carne: el acontecimiento de su transubstanciación	223
VII. Kénosis divina y existencia humana: la preparación de la Encarnación	227
Epílogo: una interpretación filosófica del Padrenuestro	237

Prólogo

“¿Cómo debo vivir?”. Ésta es la preocupación de orden existencial que este libro busca suscitar en quienes se sumergen y enfrentan al anhelo que late en cada una de sus páginas. Se trata de una preocupación ineludible para todo aquel que desee que en la propia vida acontezca la alteridad y, en ella y por ella, superar la autorreferencialidad. Es pues, éste, el libro de un viviente, su autor, hambriento de sabiduría para los hambrientos de sabiduría; un alimento para los vivientes que no quieren ser vencidos por la tentación constante de pasar superficialmente por la experiencia de la propia vida, y que conciben la palabra como la mejor expresión del sentir afectivo de la misma.

Saber y Vida, de Juan Pablo Martínez, presenta el conocimiento como una forma intrínseca de la vida. Une, en la exigencia permanente que el drama del mundo hace a la libertad, lo que ordinariamente concebimos como separado, lo que violentamente el mundo moderno ha desvinculado: teoría y praxis, conocimiento y existencia, contemplación y trabajo, saber y vida. Esta propuesta de conciliación hace de este libro uno necesario e imprescindible para nuestro presente histórico, tanto dentro de los ámbitos de las humanidades y de las ciencias, como para el horizonte más radical de cualquier forma de conocimiento: el momento en el que el investigador, el científico, debe ser capaz de dar razón de sí mismo, de su hacer, de su propia conciencia y, en el fondo, de su propia vida. Sin este saber primordial, el de la vida, no cabe el saber de la conciencia, y sin éste último no hay manera de alcanzar ciencia alguna.

La gran tentación de invertir la jerarquía entre estos saberes, de pensar que sólo el conocimiento científico, objetivo, mensurable, es verdadero; que es desde él y bajo la tiranía de su método como se debe comprender todo, incluidos el saber

de la conciencia y de la vida, amenaza con las armas de la seducción razonada y razonable. Incluso cuando, de manera sutil, se apela a que, si bien el saber científico deja fuera buena parte de la vida de los seres humanos, es el saber de la conciencia el rector del resto de saberes. Así es como se olvida que la pregunta existencial “¿cómo debo vivir?” sólo puede enfrentarse desde el saber de la vida; desde un saber que se pregunta cómo debo pensar, cómo debo relacionarme con mi prójimo y qué debo hacer con la cuestión de Dios, y que busca evitar, a cualquier precio y consecuencia, ser causa de la desesperación infinita de otro ser humano.

Para ello, el autor de este libro se atreve a repensar la esencia de la racionalidad, tratando de presentar las notas básicas que no deben faltarle si es que busca servir a la vida e ir de la mano con ella. Martínez presenta en este libro una racionalidad abierta –interpelada por la realidad–, una racionalidad investida –como fuente de posibilidad de mí–, una racionalidad juzgada –cuyo sentido y significado son entregados– y una racionalidad expuesta y abierta a la Verdad en la verdad de su fragilidad.

En el libro que el lector tiene en sus manos la pregunta epistemológica es fundamental, pues su autor propone una nueva forma de comprender la verdad, entendida no ya como adecuación ni como inspiración, sino como relación. Para su autor, el encuentro con la Verdad acontece en un dinamismo existencial que se pone en marcha con su búsqueda y que la descubre como sujeto más que como resultado de la actividad del entendimiento. Con todo, esta nueva manera de comprender la verdad no constituye, de ninguna manera, la cuestión más radical del libro.

La pregunta epistemológica, aunque importante, no es la verdaderamente central en este trabajo. Ésta es, más bien, la que supera la consideración antinómica del ser y sitúa al viviente en la diferencia ética: “¿Por qué se da el mal y no más bien el bien? De este interrogante –afirma con contundencia Juan Pablo Martínez– emerge el verdadero *Ecce homo*: ¡he aquí el hombre que se ha atrevido a vivir hasta el fondo sin dejar de apurar en cada instante las heces del cáliz! O, más bien, he aquí la víctima que abraza toda la realidad en la resistencia serena, pero firme de quien espera contra toda esperanza...”. Así, el texto provoca espiritualmente a su lector, trasciende las fronteras del conocimiento meramente objetivo y se atreve a posicionar la filosofía como un saber radicalmente práctico, como un saber que transforma y que vulnera a quien lo ejerce.

Se trata éste de un planteamiento de profunda hondura ontológica y fenomenológica, de un saber que invierte el modo clásico en el que se situó el comienzo de la elucidación del sentido de la existencia humana, en el cual lo central consistía en la capacidad de discriminar el ser de los entes y dar cuenta de sus relaciones recíprocas, hacia una nueva forma del saber que sitúa la experiencia radical y primera

en la capacidad para mantenerse y vivir en la diferencia entre el mal y el Bien. Así entendida, en la estela de Levinas, la ética pasa a ser la auténtica filosofía primera. Por ella, la pregunta radical no es ya la que plantea la diferencia ontológica pues, así como en ésta la nada se sitúa en un plano eidético que poco puede apelar a la subjetividad en su búsqueda existencial, el mal sí se revela como real en su facticidad, en su horror, como poseedor de una intencionalidad trascendente que pone en cuestión al sujeto para despertarlo al fenómeno de su propia responsabilidad.

La pregunta filosófica radical es, entonces, ¿cómo debo vivir? Es decir, si puedo, y cómo, vivir “solamente en el Bien y para el Bien mediante la erradicación del mal”. A ello, Juan Pablo Martínez responde que el saber de la vida exige al ser humano una actitud teórica consistente en una disposición ética a resistir el mal; “una resistencia que pasa por la contravención de la tendencia humana a justificarlo o explicarlo. Dicha disposición ética exige por parte del hombre su sujeción constante al otro, al cultivo por la preocupación acerca de la experiencia del sufrimiento que un yo puede hacer del sufrimiento de otro yo”.

La diferencia ética, encarnada desde esta actitud, dispone a la subjetividad al dinamismo de vivir abierta y expuesta al exceso fáctico del mal; a vivir en y desde la condición, también excesiva, del Bien que, por el contrario, ni es nunca fáctica ni cesa de provocar al sujeto a través de la preocupación por el sufrimiento del otro. El dinamismo existencial suscitado por esta manera de entender el saber primordial hace patente un dolor muy hondo para la conciencia: que el Bien está destinado en el mundo y en la historia a sufrir la oposición fáctica, y sin cuartel, del mal. Cuando esta oposición es experimentada y vivida en la conciencia de la subjetividad –enfatisa Martínez siguiendo a Semen Frank–, el alma adquiere una peculiar penetración espiritual que le permite dar cuenta del mal, no de un modo metafísico o lógico, sino histórico, en orden precisamente a responder a la pregunta por el significado práctico de la vida humana.

Y es que el mal, como lo señala el autor de la mano de Simone Weil, no es propiamente experimentado por aquel que lo perpetra. Sino que el mal que el criminal introduce en el mundo es sentido, en primer lugar y en carne propia, por la víctima del crimen cometido. Incluso, una de las perversiones más grandes que el mal puede traer consigo consiste en su capacidad para inocular una conciencia de culpa en aquel que es inocente, así como para atizar las condiciones del éxito social, o económico, o político, para quien constantemente negocia con la perversidad. De ahí la necesidad de que cada ser humano, en primera persona, examine constantemente su vida y haga explícitos los presupuestos sobre los que construye sus saberes y sus prácticas pues, sin saberlo del todo, podría estar colaborando con el mal y extendiéndolo sobre cientos de seres inocentes.

El punzante libro de Juan Pablo Martínez es así una invitación a todos los investigadores de todas las áreas del conocimiento a disponer su saber, por más teórico que sea, al servicio del alivio del dolor del mundo; y a hacerlo no de un modo teórico, trastornando las tesis particulares propias de sus disciplinas para que puedan, en una remota coordenada extraña, tener algo que ver con el horror del mal, sino de un modo propiamente existencial, por el que el investigador mismo se cuestione y ponga a disposición del bien.

No hay que hacer teórico que valga si el investigador mismo no se pone a sí mismo, de manera permanente, en el banquillo. Así, Martínez recuerda a sus lectores no sólo la vocación universal que tienen todos los seres humanos a la filosofía, sino el deber que tenemos de ella, entendida no como una teorización abstracta, o como la deducción ideal de una serie de principios que expliquen la historia, sino como la aceptación del investigador de poner su libertad en juego y de renunciar a explicar el mal que ven con teorías y conceptos para comenzar a luchar contra él con acciones y decisiones.

La presencia en el libro de filósofos como Emmanuel Levinas, Michel Henry, Semión Frank, Jean Améry, Simone Weil, Pavel Florensky o Vladímir Soloviov –la mayoría de ellos poco estudiados en el ámbito hispanohablante– constituye un genuino aporte para pensar desde categorías frescas, vinculadas no sólo con una cierta escuela o un cierto estilo de pensamiento sino, precisamente, y como no podía ser de otro modo, con una cierta forma de vivir. Por ello, se tratan temas de primera importancia como el sufrimiento, el mal, el perdón, Dios, el cuerpo o la sexualidad, y ello sin hacer demasiados distingos entre las ciencias, incluida la teología, motivados por pruritos disciplinares y objetivantes. No encontrará aquí el lector un intento por dilucidar la mejor conceptualización de ellos o por debatir entre especialistas sobre el verdadero sentido de la penúltima coma de los manuscritos perdidos y encontrados, sino por hacer que estas filosofías vivan y transformen la vida.

Juliana Peiró y Diego I. Rosales
Hápax. Centro de Investigación en Humanidades

Prefacio

La vida está llena de retazos incommunicables y de escollos ciertamente insalvables. En este sentido, su esencia misma se encuentra entretejida por los hilos quebradizos de una tiniebla luminosa, que hace que ésta aparezca no como un acontecimiento más entre los acontecimientos, sino como la forma vaporosa de todo acontecer en cuanto tal. Es esa misma forma, vacua y exigua, la que le confiere su aspecto quebradizo. Aparentemente irracional, dirían algunos. Y, sin embargo, es en su misma fragilidad, en cuanto concepto no manejable, no deducible, no sintetizable, donde reside su peculiar consistencia provocativa, incitadora, evocadora, en la que constantemente tiene lugar el parto de nuevas formas y distinciones inauditas, que no sumen en la oscuridad, sino que provocan, incitan a la propia racionalidad a un juego: el de una Sabiduría con tintes lúdicos (cfr. Pr. 8, 23).

Por su parte, cierto tipo de saber eminente, el que precisamente han ejercido aquellos que tratan de apresar la esencia de la razón (de tener, en definitiva, razón), pretende sobrevolar la propia vida. No ve más que en su entraña íntima toda suerte de confusiones y alteraciones que le impiden desplegar su soniquete particular, consistente en la detención del flujo caótico de las experiencias para llegar a valorarlas, ponderarlas y, en último término y tras un proceso de decantación grosero, cuantificarlas. Todo ello sin dejarlas comparecer en su mutua y genuina capacidad relacional, ajena a todo proceso de homogeneización sistemático. Tal saber no quiere ni oír hablar de esa vida que, con su contorno desdibujado, genera una falta de nitidez, poco amable, por demasiado abierta o poco definida.

Sin embargo, en esa falta de definición de la vida con respecto a sí misma reside su particular incisividad. Pues la vida empuja al saber, cuando éste se vuelve sabio, a expresar lo que realmente quiere decir, más allá de todo estrechamiento

o componenda de orden estrictamente conceptual. En este sentido, la vida formula su primer imperativo al mal llamado sabio: que se vuelva sincero en orden a favorecer una clase de conocer en el que prime más el factor personal que la mera constatación objetiva de hechos y datos. Como si en ellos o a través de ellos pudiera contenerse y, en cierto modo, controlarse la esencia de la propia racionalidad y, con ello, de la propia existencia...

En todo caso, a través de la sinceridad del saber, la vida expresa su carácter incondicional, su deseo de establecer relaciones imprevistas e incluso su deseo de verse conculcada en su propia capacidad relacional. No hay más resistencia que aquella que la vida ejerce contra sí misma. He ahí donde reside su peculiar o particular fuerza expresiva: en su sufrir por todo aquello que está por decirse y hacerse; en su sufrir por todo aquello que no debió decirse o hacerse; en su sufrir por todo aquello que ya nunca más se podrá decir o hacer en cada uno de nosotros: los vivientes.

En el fondo de ese sufrimiento, en el que se puede y, de hecho, se gesta la experiencia de males sin consuelo, los que buscan realmente la sabiduría encuentran motivos suficientes para considerar su falta de exposición plena al acontecimiento de la verdad, por sacar a la luz, a través de sus abstracciones, métodos o sistemas, males que si bien son tales, nunca deberían ser considerados como el verdadero mal. Demasiado prematuramente los saberes especializados, en su falta de sinceridad con respecto a sí mismos, encuentran o, mejor dicho, localizan aquellos sufrimientos temibles por los que tantos de nosotros no paramos de temblar. Demasiado tarde esos saberes llegan a considerar el sufrimiento de la vida en su balbuceo constante, en su incapacidad para hacer explícitos o equivalentes su propio ser y el hecho de recibirse en una pluralidad infinita e irreductible de formas: los vivientes a los que alumbra. Pobre fundamento es la vida que ya no puede encontrarse ni siquiera con aquel mundo-vida al que dio lugar y que precisa de la pobre asistencia de los vivientes, aplastados contra sí mismos, para la plena manifestación de su condición peculiar.

La obra que tiene en sus manos, mi querido lector, no tiene otro objetivo sino ayudar a transitar a los vivientes los caminos del saber, pero, esta vez, en la vida, partiendo del reconocimiento expreso e íntimo de la incidencia de su fondo inaprehensible, no por irracional, sino por infinitamente único y a la vez infinitamente plural. A este respecto, lo más propio de la vida en su relación, la mayor parte de las veces truncada con el saber, es el establecimiento de la armonía en la mutua suscitación de las diferencias. Eso lo permite su particular incisividad, que no busca someterse al cerco de los conceptos y las clasificaciones, sino propiciar el acontecimiento de la diferencia, pero conmovida en su interior mismo, a saber,

como experiencia de fecundidad, traducida en hechos y palabras intrínsecamente unidos; de tal modo que las palabras contribuyan a esclarecer lo que ocurre y los hechos manifiesten el significado íntimo y eminentemente carnal de todas nuestras palabras, tanto últimas como penúltimas.

Espero, pues, que quien tenga la oportunidad de leer este libro encuentre en los hechos propios de su vida, incluso la más cotidiana, aspectos de un saber, el de la vida misma, que le ataña en lo más íntimo, con el fin de que en todo resplandezca los lazos rutilantes de una existencia, cuya trama está aún por definir en y a través de cada uno de nosotros: los vivientes.